

**LAS AVENTURAS DE BAKUNIN**  
**y los internacionales de la región española**

César Galiano Royo

**Fundación de estudios Libertarios Anselmo lorenzo**

**FAL**

## Introducción

### **Un huracán de Rusia**

La noche está siendo muy húmeda, fría. No hay nadie a la vista en toda la avenida. Una niebla ligera y la luz tenue de las farolas de gas ayudan a crear ese ambiente de intriga y fantasmas tan habitual en el Londres de 1861. Estamos en diciembre, a veintisiete. La ciudad duerme.

De pronto, al final de la calle aparece una figura enorme que proyecta una sombra aún más grande sobre la acera brillante por la humedad. Es Mijail Bakunin. Se ha evadido hace poco de la soledad y el frío glacial de Siberia, donde el zar le había exiliado a perpetuidad tras dos condenas a muerte y un periplo de ocho años por las cárceles de Austria y Rusia. El escorbuto se llevó sus dientes y ha engordado mucho. Puede pesar ciento treinta kilos. Tal vez más. Y ese volumen de carne, junto al petate de marinero, las botas gastadas de tanto andar y la melena y las barbas enmarañadas, le dan cierto aire de pedigüeño o de gigante bohemio. Sólo los ojos, la mirada traviesa del niño que no ha sabido crecer, recuerdan al que era antes. Eso en cuanto a lo físico, claro. Porque por dentro le ha sucedido lo mismo que a los mamuts en el hielo. Por dentro está intacto. No han podido con él los años terribles de reclusión ni los grilletes que le mantuvieron encadenado a una pared durante seis meses. Sigue siendo el mismo provocador, la misma furia, el conspirador incansable, el soñador de imposibles. O sea que, mal que le pese a medio mundo, Siberia le ha sentado bien. Hasta él llegó a creer que el aislamiento le mataría. «El hombre sólo es hombre en sociedad», había dicho en más de una ocasión. Pero ha conseguido seguir siendo hombre sin nadie a su alrededor. Y ahora vuelve a la carga.

Huyó por mar a Japón, luego llegó a San Francisco y en New York llamó a su amigo Herzen para que le mandase dinero desde Londres. Bakunin gasta a manos llenas cuando tiene y, cuando no tiene, pide y jamás devuelve. El dinero no va con él. Ni la propiedad, esa cosa que no llega a entender. Cuando recibe la noticia de su evasión, Herzen se alegra sinceramente, toma a su mujer de las manos y baila con ella en torno a la mesa del salón. «¡Bakunin vuelve! ¡Regresa el oso peludo!».

Hace catorce años que no le ha visto. Está exultante, mejor que nunca. No obstante, piensa también que Bakunin puede arruinar el trabajo de todos esos años con su carácter arrollador. Pero da igual. Su amigo ha escapado y debe decírselo a la familia, a los vecinos, al mundo. En seguida publica la noticia en La Campana, un periódico fundado por él mismo hace unos años.

Bakunin llega hacia la hora de la cena, no demasiado tarde. Su entrada en casa de los Herzen es como la de un huracán. Los dos amigos gritan de alegría, se abrazan y ruedan por el suelo como dos chiquillos. Natalia, que descansa de su nuevo embarazo en el diván que hay junto a la chimenea, contempla la escena y sonríe. Bakunin ha vuelto y, con él, vuelve la alegría a la casa, el exceso y la revolución.

—¡No os puedo dejar solos ni un ratito! —ruge el viejo guerrero—. Os estáis convirtiendo en ostras, aquí.

Herzen se ríe. Aún sentado en el suelo, ordena al servicio que se prepare una habitación para el ilustre invitado. Bakunin se pone de pie y con sus más de dos metros de altura roza la araña de cristal que cuelga del techo. Se acerca a donde está Natalia y le dice fingiendo mal genio:

—¿Y usted, señora mía? ¿No tiene nada que hacer? ¡Arriba, no hay tiempo de estar tumbados! ¡Hay mucho trabajo!

Mientras se levanta, dice Herzen en tono apaciguador:

—Mijail, el mundo no es el mismo que cuando te encerraron.

—Ah, ¿no? —se burla Bakunin—. ¿No es redondo? ¿No da vueltas alrededor del sol? Entonces es el mismo.

—No tan deprisa, Mijail. Deja que te cuente...

—¿Me tomas el pelo! ¿Cómo está Italia?

—Más tranquila que nunca.

Bakunin se queda mudo por un instante, pero insiste:

—¿Y Austria? ¿Hay revueltas en Austria?

—No. En Austria también está todo tranquilo.

—¿Y en Turquía? ¡Sí, seguro que en Turquía está pasando de todo! ¡Vamos, amigo mío, no me digas que no pasa nada en Turquía!

—Nada de nada, Mijail.

Pasa un segundo, un instante.

—¿Y qué hemos de hacer, entonces? —grita Bakunin, medio enfadado y medio en broma—. ¿Debemos ir a la India para revolucionar las cosas allí? ¿Al África negra? ¿Para esto me he escapado?

La tormenta revolucionaria de años pasados se ha ido calmando y ni siquiera resuenan sus ecos en Rusia. Sólo en Polonia, y no mucho. Pero Bakunin no se resigna. Es un conspirador nato, un agitador de ideas, de masas y de conciencias, un derroche de fuerza. Necesita una dirección hacia donde canalizar su enorme energía. Y al día siguiente ya está sumergido en los papeles que se amontonan sobre el escritorio, entre las cartas a medio escribir, los panfletos que han de llevarse a la imprenta, los libelos, las denuncias contra el poder, contra los tiranos y los traidores, contra el mismo sistema. Bakunin no para. Su fortaleza y su increíble capacidad de trabajo le obligan a estar en activo la mayor parte del día. No entiende de horas de descanso, de la necesidad que tienen algunos de reposar para seguir produciendo. Escribe media cuartilla, se levanta y arenga a un auditorio invisible, se seca el sudor de la frente, vuelve a la mesa y aparta lo escrito, enciende la colilla de un cigarrillo que había dejado en el cenicero, empieza una carta y al rato dice que no, que debe emplear otro tono, la rompe y escribe lo que tal vez pueda ser el inicio de un manifiesto o quizás de un discurso. Da igual. El caso es estar ocupado constantemente. El temperamento le obliga. Bakunin no es un revolucionario por convicción. Lleva la revolución dentro. Y, además, se

divierte. Eso es algo que jamás comprenderán sus detractores. Bakunin se lo pasa en grande con la revolución y, sin darse cuenta, contagia el entusiasmo a los que le rodean. Su personalidad está impresionando a escritores, músicos, pintores, políticos, proletarios ingobernables e incluso aristócratas que, como él, creen en la libertad como último objetivo del ser humano. Ni él ni Karl Marx, otro ilustre pensador de la época, proceden de familias humildes, pero entre ambos cambiarán el universo del trabajo y de los trabajadores. Se conocen. En 1848 coincidieron en París y tuvieron ocasión de hablar largo y tendido de sus respectivas maneras de ver el mundo. Nunca han estado de acuerdo del todo. Sin embargo, sus más agrias disputas están por llegar. Bakunin, por ahora, lo ignora. Continúa alborotando la plácida vida de la familia Herzen hasta extremos que rozan lo intolerable. Y Herzen se enfada con él, claro está. Pero luego aflora el niño que hay en Bakunin y Herzen se ve incapaz de no perdonarle. Bakunin sabe ponerse en la piel del otro y sabe pedir disculpas. Es un gigante en inteligencia y en envergadura, pero también es un hombre.

Aunque hayan amainado los aires de revuelta, la situación de los obreros europeos no ha variado demasiado durante los años de reclusión de Bakunin. Todavía trabajan de sol a sol y en condiciones inhumanas. No tienen vacaciones, ni seguridad, apenas hay higiene y, en cambio, tienen hambre. Mucha. Los obreros se han unido, hasta la fecha, en agrupaciones gremiales y organizaciones de socorros mutuos o similares. Por su propia naturaleza, esas asociaciones no van más allá de los problemas particulares de cada oficio. Pero poco a poco va fraguando una idea de miras más amplias. Empieza a estar claro que los trabajadores jamás podrán hacer realidad sus reivindicaciones si luchan por separado. Deben unirse en un grupo que no entienda de idiomas ni de fronteras. Los obreros y todos aquellos que estén dispuestos a pelear por los derechos del hombre han de agruparse bajo una bandera internacional. Lo nacional, entonces, se convierte en lo opuesto, en lo reaccionario.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer?

—Destruir las máquinas no es la solución.

—Las máquinas están desplazando a los compañeros de sus puestos de trabajo. En mi opinión, la cosa está clara: o ellas o nosotros.

—Es una batalla imposible. ¡No podéis ir contra el progreso!

—Hasta ahora, nosotros hacíamos el trabajo con nuestras manos.

—Destruiréis una máquina, pero pondrán otra en su lugar. Y entonces, ¿qué haréis?

Nadie sabe qué decir y se crea un silencio que pesa sobre todos. La reunión, en casa de uno de los obreros, acoge a los defensores de dos opciones muy diferentes. Están los que sólo ven la salida de morir matando y están los otros, que abogan por escuchar lo que están diciendo ciertos pensadores de Europa. Dice uno de los de este último grupo:

—Debéis cambiar el punto de vista.

—No se puede pensar sin nada en el estómago.

—Al contrario de lo que creéis, las máquinas pueden ayudarnos.

—¡Sólo ayudan al patrón!

—¡No debéis ir contra las máquinas, sino contra el sistema! ¡El sistema permite que los beneficios obtenidos con las máquinas vayan a parar exclusivamente a los bolsillos de los explotadores!

Nuevo silencio. Los del otro grupo no habían pensado en eso. El que acaba de hablar aprovecha la pausa y ataca otra vez:

—Hay que luchar para poner a las máquinas de nuestra parte. La vida de los trabajadores mejorará si las máquinas se encargan de hacer la labor que antes hacían ellos.

—Pero...

—Siempre y cuando —le corta el de antes—, se haga un reparto equitativo y racional de los beneficios que produzcan esas máquinas y los obreros que las manejen. Eso no permite réplica.

Es noche cerrada. Los hombres se despiden y cada cual se va a su casa. Hay muchas cosas en las que pensar durante las horas que quedan hasta que llegue el momento de volver al trabajo. Quizás esté cambiando el mundo.

En España, las asociaciones de obreros florecen o pasan a la ilegalidad según el color del gobierno de turno. Pero los objetivos de esos grupos distan mucho de tener un alcance universal. Por ejemplo, no se exige una mejora inmediata en las condiciones de trabajo de todos los trabajadores. Se pide que el salario no baje. El salario de aquí, el de hoy, el de ahora. Y esas protestas aisladas, teñidas de timidez y localismo, son aplastadas con facilidad y olvidadas hasta que, un día cualquiera, vuelven a aparecer y vuelven a ser aplastadas. El sistema ni se molesta en eliminarlas del todo.

Sin embargo, en algunas ciudades están naciendo unas entidades que despiertan sospechas entre los patronos, los propietarios de tierras y los demás poderosos. Son los ateneos. Es cierto que en algunos de ellos se dan discursos y conferencias para agitar las conciencias con esas ideas de fuera, que acuden masones, republicanos y carbonarios. Pero por lo común son centros de reunión, de palique de fin de jornada donde, como mucho, se imparten clases de cultura general por una cuota de cuatro reales. Aun así, no hay que bajar la guardia. Entre los libros y las revistas, junto al café y a las charlas ingenuas, están esos nuevos periódicos que van dirigidos a los obreros, que les hablan de tú y que, además, lo hacen con sus palabras. Muy pocos saben leer, pero se sientan en torno a una mesa y el más instruido lee para los demás. Por otra parte, aunque no lleguen a comprender el galimatías de letras, palabras y frases, cada cual quiere tener su ejemplar. Es el único nexo que los obreros iletrados tienen con la cultura, su más elevado horizonte, casi su credo. Los editores de los periódicos conocen las limitaciones de sus lectores y los artículos suelen ir acompañados de grandes caricaturas o de dibujos cargados de significados. En Barcelona se llama Ateneo Catalán de la Clase Obrera; en Valladolid, La Filantrópica Artística; en Zaragoza, El

Porvenir; en Alicante, El Círculo de Artesanos. También hay casinos, ateneos y centros obreros en Reus, Tarrasa, Valencia, Málaga, Montilla, Jerez, Antequera y muchas otras ciudades. Pero es en Madrid, sobre todo, donde van a cristalizar de un modo inimaginable las inquietudes de los obreros que frecuentan el Fomento de las Artes. En este caso son sastres, tipógrafos, periodistas, pintores, trabajadores que, por la esencia y las peculiaridades propias de sus profesiones, son un poco más libres y están más cultivados que muchos de sus compañeros. Entre ellos están Anselmo Lorenzo, José Rubau Donadeu, Francisco Mora y Tomás González Morago.

Mientras tanto, Bakunin viaja a tierras italianas y se entrevista con Giuseppe Garibaldi, quien le pone en contacto con Giuseppe Dolfi, líder de la democracia florentina. Dolfi y Bakunin son hombres muy corpulentos, enormes masas parlantes. Cuando caminan juntos, parecen ocupar por entero las calles estrechas del centro de la ciudad de Florencia. Al verlos, hay quien se ríe:

- Son una barricada en movimiento. Los usaremos cuando estalle la próxima insurrección.

El 28 de septiembre de 1864 nace, en Londres, La Asociación Internacional de los Trabajadores, conocida más tarde como Primera Internacional. Hay representantes de cuatro países: Gran Bretaña, Francia Bélgica y Suiza. Como es natural, aún no están claros del todo los postulados y se presume que debe haber pronto un congreso para afinar las ideas y los conceptos. Pero la suerte está echada. A partir de este momento, los obreros empiezan a ser conscientes de su identidad, su poder y su fuerza.

En Ginebra, después de unas cuantas intentonas, Mijail Bakunin funda la Alianza de la Democracia Socialista. Sus bases están claras. La Alianza se declara internacional, atea, no reconoce a ningún

Estado y exige la igualdad de los sexos y la abolición de la propiedad y del derecho de herencia. Entre sus miembros más destacados están quienes, más tarde, se harán famosos en el campo anarquista: Elisée Réclus, Carlo Gambuzzi, Aristide Rey, Alberto Tucci y Giuseppe Fanelli. No obstante, cuando Bakunin pide que la Alianza sea integrada en la Asociación Internacional de los Trabajadores, se le rechaza. No puede haber una entidad internacional dentro de La Internacional, le dicen. Pero no se trata sólo de eso. Bakunin parece estar rizando el rizo antes de empezar. Todo el mundo sabe que es un niño grande y que le gusta jugar al revolucionario, que le encanta la intriga y que quizás le atraiga más la conspiración por sí misma que los objetivos que puedan lograrse mediante el hecho de conspirar. Hay quien le ve capaz de crear una organización y, a la vez, crear otra de carácter secreto para infiltrarse en la primera y hacer las veces de espía. Y la Alianza huele a Estado Mayor revolucionario en la sombra. No hay pruebas, no hay nada, pero se sospecha que la auténtica función de la Alianza es la de dirigir encubiertamente a La Internacional. O sea que se le dice que no. Bakunin acepta la negativa y la Alianza se disuelve oficialmente. Pero los aliancistas ingresan en La Internacional a través de sus federaciones locales o regionales. De modo que, de una u otra manera, Bakunin y sus seguidores están en La Internacional. En realidad no ha hecho trampa. Y se ríe a carcajadas.